

Óscar Flórez Támara
Abogado, ensayista, escritor y poeta.
Autor de varios libros. Profesor de Filosofía
del Derecho-Introducción al Derecho,
Ética, Historia de las ideas políticas.
Columnista de revistas y periódicos

La verdad como esencia del ser moral

Palabras clave:

Verdad, Moral, Esencia Primaria,
Vida, Realidad, Ser Pensante,
Conocimiento

Key words:

Truth, Moral, Primary Essence,
Life, Reality, Thinking Being,
Knowledge

Resumen

El presente artículo tiene un carácter crítico que se ajusta a la revisión de un tema; es decir, a la revisión crítica de la literatura acerca del concepto de verdad.

No existe mejor camino que aquel que nos lleva al conocimiento de la verdad. Pero la verdad es en esencia el encuentro del hombre mismo con el ser humano en toda su potencialidad y dimensión. Es causa del ser primario con su inteligencia que apunta al desarrollo equilibrado de la moral. Es decir, vida y verdad se complementan, como una necesidad donde la una depende de la otra como condición elevada del ser, donde no es cierto el existir humano cuando la verdad ha sido divorciada de la vida. La verdad es la realidad del ser pensante, el descubrimiento de la existencia misma de este en todos los momentos históricos y conscientes de la existencia del ser. Hacia allá gira este ensayo, sin ninguna pretensión de sentar cátedra a tan espinoso tema.

Abstract

This article is of a critical nature. It adjusts to the checking of a topic, it means, the critical checking of the literature about the concept of truth.

There is not better path that the one that takes us to the knowledge of the truth. But the truth is essentially, the meeting of the man with the human being in all his splendor and dimension. The truth is cause of the primary human being with his intelligence, an intelligence that points to the moral's equilibrated development. This means, life and truth complement each other as a necessity where one depends on the other, like an elevated condition of the human being. A condition where it is not true the existence of the human being when the truth has got divorced from life. The truth is the reality of today's man. The truth is the discovery of the self-existence of the man in all the historic and conscious moments of the human being's existence. This essay turns to this point of view without any pretension of setting the precedent to this thorny subject.

Recibido: agosto 18 de 2008 / Aceptado: septiembre 29 de 2008

La búsqueda de la verdad no es algo nueva. Desde las Sagradas Escrituras que indagaron el paraíso poniendo en el banquillo a su primer habitante, Adán, hasta llegar a una realidad de conocimiento que raya con la satisfacción mental de recibir respuesta concreta sobre hechos realizados. Y es en ese tira y afloja donde aflora el carácter y el estilo de vida del individuo y de una sociedad. Todas las culturas, desde que se tiene memoria, le han apostado al conocimiento de la verdad como un avance y una necesidad para poder desarrollarse y resolver de esta manera problemas, que de no conocerlos en toda su esencia, estaría el ser humano constantemente repitiendo errores y el conocimiento atesorado de viejas civilizaciones, de nada serviría a generaciones presentes ni futuras. La conducta adánica, más que una desobediencia, viene a ser un ejemplo claro en el más alto sentido del investigar y conocer. Lo cual queda reflejado en el interrogatorio que hace el Creador al ser creado, según la Sagrada Escritura: “Yahveh Elohim llamó al hombre, diciéndole: ¿Dónde estás? Dijo él: He oído tu ruido en el vergel y he sentido temor, pues estoy desnudo, y me he escondido. Replicó ¿Quién te ha indicado que estabas desnudo? ¿Has comido acaso del árbol que te ordené no comieras?”.¹ El interrogatorio nos muestra un camino de búsqueda, un camino que más que una respuesta es la confirmación que quien está

siendo interrogado confiese el hecho acontecido, verdad que aunque se conozca o se infiera, como es el caso analizado, quiere oírse de boca de quienes son actores, porque si Dios que todo lo sabe y todo lo conoce, para él no sería necesario iniciar una investigación, sin embargo, no la desdeña, y enfrenta por su parte al hombre consigo mismo. Es el escarbar en el interior de este una toma de conciencia y de postura, una madurez de inteligencia lo ha de mover a decir la verdad. Pero esa verdad lleva oculta en sus entrañas una responsabilidad; responsabilidad que trae consecuencias que hay que asumir. Y el camino divino es el que está más lleno de espinas.

En otro de los pasajes bíblicos podemos encontrar la situación esclarecedora que busca el canal de la interrogación para llegar al conocimiento de la verdad. Y el método también es valioso como en la circunstancia anteriormente citada. En el caso de Caín y Abel se indaga por la verdad, pero a la vez esta se infiere por el rastro y el olor a sangre que queda como huella en el sitio del crimen consumado. En este caso es Caín quien pasa al “banquillo” de los acusados: “Yahveh dijo entonces a Caín: ¿Dónde está tu hermano Abel? Y contestó: No sé. ¿Acaso soy yo el guardián de mi hermano? Dijo Yahveh: ¿Qué has hecho? La voz de la sangre de tu hermano clama a mí desde el suelo”.²

1. *La Santa Biblia*. Editorial Planeta, S. A., Barcelona, Primera reimpresión. (Colombia), 1990. Génesis 3, p. 5.

2. *Ibidem*. p. 6.

La verdad, en todos los tiempos, se ha convertido en el faro que guía y marca la esencia del ser como propósito elevado que lo dignifica y lo impulsa a la libertad total de su naturaleza primaria y compleja. Y no es que se haya avanzado mucho en el tema, porque las circunstancias de conocer o decir la verdad se enfrenta a un acto de responsabilidad el cual exige un grado de conciencia ética que guarda relación directa con la inteligencia madura y serena, lo cual no florece en el individuo formado bajo los parámetros de una cultura hipócrita que lo lleva a deformar su propio ser esencial hasta hacer de la mentira un actuar permanente y proyectar desde esta perspectiva un deber ser que es el vacío que encuentra el hombre en todo el recorrido de su vida que no lo deja alcanzar la alegría y menos llegar a los valores sublimes de justicia y libertad. La lucha ha sido difícil y encarnada, desde los presocráticos que se afanaron en conocer la verdad del ser dentro del cosmos y la naturaleza misma que lo hizo posible, hasta llegar a Sócrates que quiso ir más allá de la simple apariencia, y por tal motivo se inventó el camino de la mayéutica para ir abordando verdades como conocimientos valederos que pudieran resolver el problema para afianzar más al ser humano dentro de una vida aceptable y mejor. Sin embargo, es verdad que nunca nos bañamos dos veces con las aguas de un mismo río, como dialéctica constante del movimiento y la cambiante vida, al decir de Heráclito, pero a pesar que no existen

verdades eternas por la permanente evolución humana, válidas para todo tiempo y lugar, bien es cierto que la verdad ha de ir aparejada con un actuar ético que identifica la elevación humana y social del hombre, esta es quizás la teoría que logra pulverizar fronteras, paralelos y meridianos dentro de la división política que conservan los países como autonomía propia de su cultura y su modo de ser, lo cual no ha de ser un freno para que la mayoría de comunidades le exijan a cualquier país del mundo regirse por los postulados esenciales de la verdad como propósito valedero de vida.

Por ser entonces propósito de vida, cuerpo, hueso, piel, espíritu y todos los elementos que conforman un todo, la verdad no es un concepto ni una consensualidad de comunidades, ella pertenece al mundo de las ciencias naturales, donde el interés y el tiempo no logran dañarla, sino confirmarla como esencia primaria del ser integral. Sustancia que lo lleva a crecer en el recorrido de la escala única de cada individuo y cada sociedad. Por esta razón la verdad no se le puede considerar patrimonio de ninguna corriente filosófica, idiomática, ideológica, ni de partido político, y menos de postulado religioso que se crean poseedores de la verdad revelada y absoluta. Estaba en lo cierto el papa Juan Pablo II cuando afirmó que “la verdad que debemos al hombre es, ante todo, una verdad sobre el propio hombre...”³

3. Juan Pablo II. *Cincuenta palabras para el próximo milenio*. Mondadori (Grijalbo Mondadori, S. A.), 1998, p. 189.

El hombre como conciencia histórica, como civilidad comprometida con el desarrollo de él mismo y de su ambiente, no le está permitido permanecer sentado sobre la mentira, sobre el error que lo aniquila y condena y que lo va desmejorado y haciéndolo cada día más miserable, como una suerte trágica, contrario a todo conocimiento moral y ético que lo eleve y lo posicione dentro de la naturaleza. Ese ha de ser el motivo principal para que la verdad aflore y muestre la esencia de vida que ella es; necesidad universal que no admite relativismo dentro de la aceptación de cualquier comunidad que se repute honrada. Con ella emerge entonces el ser humano y su lucha constante por caminar y conocer su propio ser, identidad secreta que guarda códigos de desarrollo y respeto, en la valoración y aceptación de criatura individual y colectiva tendida a la universalidad individual.

La verdad es en sí misma esencia de verdad, y ella arde de calor en sus entrañas como el Sol en su propio núcleo, y se vale de caminos diferentes para confirmarse. Y esos caminos están presupuestados por un idioma, por una lengua, por una lógica universalizada que abre compuertas a una sensibilidad la cual debe mantenerse abierta, porque una sensibilidad cerrada nos muestra un solo camino a seguir, y es allí donde puede generarse la confusión y el desacuerdo teórico que proyecta el principio de relatividad que rompe entonces el conocimiento posible ya confirmado y lo pone en duda de manera relativa

como si el ser humano nunca en su vida hubiera tenido la posibilidad de conocer lo existente conocido. Y a partir de esa realidad totalmente esclarecida y comprobada es donde la verdad toma conciencia del ser moral que lo va proyectando ante un grado de responsabilidad, puente seguro e inequívoco entre la libertad que enfrenta un actuar y un ser y un querer ser que ha de dar como resultado la verdad presente y la verdad intuida y proyectada a la que la técnica y la ciencia le concede carta de naturaleza probada.

No existe duda que cuando la verdad se proyecta a un futuro es porque se ha trabajado sobre la esencia de la verdad, como lo hace el diamantista al ir labrando el diamante, el más duro, el más brillante y el más límpido de todos los minerales, el que raya todos los cuerpos y no puede ser rayado por ninguno, así, la verdad se va puliendo, se le va dando cuerpo y forma de acuerdo a las culturas, pero ella es, no puede ser violentada ni transformada de acuerdo a la voluntad o al querer, al poder o al gobierno de turno, de otra manera jamás podría confirmarse que se estaba en la verdad o en el error, ya que el error es otra forma de confirmar la verdad, como entender que toda mentira oculta el camino de una verdad, es decir, la mentira nos lleva por lógica al descubrimiento de la verdad. Por tamaño razón es que todos los pueblos civilizados le juegan a la verdad como camino certero de vida, como posibilidad de convivencia mejorada, como alternativa superior de ideales que buscan

el puente entre el infierno y cielo, ambos, sustancias primarias de la vida, donde el individuo en sí, es lucha natural y ética, transformándose diariamente, y quitándose esa piel de serpiente que lo entorpece y lo va envejeciendo, para lograr construir un nuevo ser, una nueva generación que se encabrita y se sacude de costumbres obsoletas que se acomodan a vivir una verdad a medias y envilecida con la única condición de acumular años de piel y nada, como si esa fuera la esencia de la verdad y la vida. Verdad y vida con una. Complemento íntegro del ser natural y moral que se elevan desde lo primario instintivo hasta lo social pensado. La verdad es la realidad del ser pensante como mundo interior y exterior, descubrimientos de la existencia misma de ambos, hilo conductor que lo lleva directamente a

pensar cómo debe ser mejor esa criatura dentro de la naturaleza, dentro del cosmos y de sí mismo. No se puede concebir una verdad que atente contra la naturaleza del ser humano, porque si así fuera, y los postulados de cualquier corriente filosófica nos llevaran a semejante despropósito, la verdad por lógica le tocaría desaparecer al entrar en contradicción con su propia base, fuente natural donde emana su existencia

Bibliografía

- La Santa Biblia*. Editorial Planeta, S. A., Barcelona, Primera reimpresión. (Colombia), 1990. Génesis 3, p. 5.
- Juan Pablo II. *Cincuenta palabras para el próximo milenio*. Mondador (Grijalbo Mondador, S. A.), 1998, p. 189.